

SEGUNDA PARTE

I

...Tres años habían pasado.....

Tres veces había vuelto la horrible primavera y el invierno... tres la *estación de la sed* con sus noches frías y sus helados vientos del desierto...

...Juan dormía extendido en su *tara*, en su blanco cuartito de la casa de Samba-Hamet. Su perro estaba echado corca de él con las patas de delante muy extendidas, el cuerpo apoyado sobre las dos de detrás, la lengua fuera, la respiración anhelante y los ojos abiertos é inmóviles. En aquella actitud parecía uno de esos chacales esculpidos que hay en los templos egipcios...

Fatou-Gayé estaba sentada en el suelo á los piés de su amante

Eran las doce, el mediodía, la silenciosa hora de la siesta... Recordad el calor que hace en Julio á esa hora en nuestros países é imaginad mucho más calor aún y más luz... Sin embargo, aquel era un día de

Diciembre. El viento del desierto soplaba con su diaria é inevitable regularidad; todo estaba marchito y muerto; y sobre aquella arena el viento trazaba al pasar millares y millares de onduladas estrías que parecían minúsculas olas de aquel *gran mar sin agua*.

Fatou-Gayé estaba sentada en el suelo, como hemos dicho, y llevaba desnudo hasta la cintura su hermoso cuerpo, según la costumbre entre los suyos cuando están en su casa.

Su brillante y negra espalda se inclinaba en graciosa curva que empezaba desde la cintura y terminaba en el extraordinario edificio de coral y ambar que componía su peinado.

Alrededor de la casa de Samba-Hamet sólo turbaba le silencio los imperceptibles ruidos de los reptiles al arrastrarse por el suelo.

Y en tanto Fatou, medio dormida, con la barba apoyada en sus dos manos cantaba muy bajito aires y canciones que jamás había oído, y que, sin embargo, no componía ella.

Eran el fruto de sus ensueños de amor y de su voluptuosa languidez que se traducían y exhalaban en extrañas y soñolientas canciones. Acción refleja; efecto producido sobre el cerebro de la negrita por toda aquella languidez de las cosas... que se desbordaba bajo la forma de canciones.

¡Oh! en aquel silencio del mediodía, en aquel en-

sueño febril de la siesta, como vibra y llora un canto vago, inconsciente resultado de *las cosas*, paráfrasis del silencio y del calor, de la soledad y del destierro!

Entre Juan y Fatou se han hecho las paces.

Juan ha perdonado como siempre, y la historia de los *khaliss* y de los pendientes de oro de Galam está completamente olvidada.

El dinero, que los padres de Juan pedían, ha sido ya encontrado y enviado á Francia.

Le ha prestado el buen Nyaor, en hermosas monedas de plata con efigies muy antiguas, las cuales tenía con otras muchas, guardadas en un cofre de cobre.

Juan se las devolverá cuando pueda, y esto es una preocupación para el joven spahi; pero siquiera los pobres y queridos viejos que habían contado con su ayuda, no carecerán de aquel dinero y estarán tranquilos.

Lo demás es secundario

Adormecido en su *tara* y con su esclava á los pies, Juan tiene cierta actitud descuidada que le da el aspecto de un príncipe árabe. Nada queda ya del pobre montañés de los Cevenes. El spahi ha tomado ese aire de majestad indefinible de los hijos del desierto. Aquellos tres años pasados en el Senegal durante los cuales se han aclarado tanto las filas de los spahis, han servido para robustecerle á él.

Su rostro está muy tostado por aquel sol; su fuerza se ha desarrollado y sus facciones se han acentuado en todo lo que tenían de fino y hermoso.

Una especie de atonía moral, períodos de indiferencia y olvido, que son como los sueños del corazón interrumpidos de cuando en cuando por ráfagas en que se despierta al sufrimiento, era del efecto producido sobre él por aquellos tres años pasados en Africa.

El clima del Senegal no había podido doblegar de otro modo su poderosa naturaleza.

Poco á poco ha llegado á ser un soldado modelo, puntual, vigilante y bravo.

Y, sin embargo, aún no adornan su manga más que modestos galones de lana.

Los dorados galones de sargento, que tantas veces han brillado ante sus ojos, no le han sido concedidos aún.

No tiene protectores, y sobre todo, ¡qué escándalo! ¡vive con una mujer negra!..

Embriagarse, dar escándalo, pasar la noche en las calles completamente borracho, riñiendo y hasta hiñiendo con los sables á todo el que pasa, ir á todos los garitos y usar de todas las prostituciones; eso está muy bien...

Pero tener para sí solo, apartada del sendero de la virtud, á una negrita de buena casa que ha recibido el sacramento del bautismo, no puede perdonarse...

Juan había recibido varias amonestaciones de sus

jefes con este motivo, acompañadas de terribles amenazas si no se corregía.

Ante aquellas tempestades había descubierto su fiera cabeza y escuchado con el estoicismo que manda la disciplina, disimulando bajo cierto aire de contricción, el terrible deseo que le dominaba de servirse del látigo.

Después había seguido haciendo exactamente igual.

Tal vez con algún disimulo, durante algunos días, pero había seguido guardando á Fatou.

Lo que pasaba en su corazón, en cuanto á aquella criatura, era tan complicado, que el más hábil hubiese perdido su trabajo al tratar de explicarlo.

El joven se abandonaba sin comprenderlo, como á un pérfido encanto de amuleto, al que no tenía fuerza para sustraerse.

Los velos que cubrían su pasado y sus recuerdos se iban haciendo cada vez más densos dejándose arrastrar sin resistencia por su turbado corazón, indeciso, entristecido por la separación y el destierro...

Y todos los días, todos los días aquel sol... Todas las mañanas verle salir con una regularidad inexorable á la misma hora, sin nubes y sin frescura!..

¡Qué sol aquel, ancho, amarillo ó rojo, que los llanos horizontes dejan ver surgir tan bajo como en el mar, y que apenas sale empieza á enviar á la cabeza y á las sienes la penosa impresión de sus rayos de fuego!.....

Hacia dos años que Fatou-Gayé y Juan habitaban juntos la casa de Samba-Hamet y en el cuartel de los spahís habían acabado por dejar pasar lo que no habían podido impedir.

Juan Peyral era, después de todo, un spahí ejemplar; pero estaba entre todos bien entendido que conservaría á perpetuidad sus modestos galones de lana y nunca iría más allá.

Fatou en casa de Cora era cautiva y no esclava, distinción esencial establecida por los reglamentos de la colonia, y de la cual se había aprovechado al instante la negrita cautiva; sus amos no tenían el derecho de echarla, pero ella tenía el de irse, y una vez fuera por su propia voluntad, era libre. Como se vé Fatou había usado de este derecho.

Además, estaba bautizada, y esto constituía una libertad más.

Su cabecita maliciosa y llena de picardías como la de un mono, había comprendido todo esto perfectamente.

Para una mujer que no ha abjurado de la religión de Maghrceb, entregarse á un hombre blanco, es una cosa ignominiosa y que merece el mayor desprecio.

Peró para Fatou no existían estas preocupaciones.

Es verdad que los suyos la llamaban algunas veces ¡*Kefir!* y esto era muy doloroso á la singular negrita.

Cuando veía venir á lo lejos alguna banda de *khus-sonkés* que reconocía en seguida por sus altos peina-

dos, acudía intimidada y conmovida dando vueltas alrededor de aquellos horribles hilos de largas melenas, tratando de entablar conversación en el amado idioma nativo. (Los negros conservan siempre el amor al país, á la tribu y hasta el rincón en que han nacido.)

Peró ¡ay! algunas veces, cuando estaba en lo mejor de su charla, á una palabra de cualquier negrita mal intencionada que conocía la historia de Fatou, los hombres negros, los *kanssoukees*, volvían la cabeza con desprecio diciendo con una sonrisa y contracción de lábios imperceptibles aquella palabra de *¡kefir!* (infiel), que es el *roumi* de los argelinos y el *giaoutr* de los orientales.

Entonces la pequeña Fatou huía avergonzada y con el corazón oprimido.

Peró á pesar de todo, prefería ser *¡kefir!* y poseer á Juan

¡Pobre Juan! ¡Duerme sobre el ligero *tara* mucho más; que ese descanso del día, que ese sueño pesado se prolongue aún mucho tiempo, pues el instante del despertar es sombrío!.

¡Oh, el despertar, después del letargo del medio día!.. ¿De dónde proviene la lucidez extraña que se tiene en esos momentos de espanto? Las ideas son al principio tristes, confusas, desnudas; recuerdos tenebrosos y llenos de misterio, como de una existen-

cia anterior á la de este mundo; pero de repente la memoria se despeja, y con una precisión extraordinaria ve las escenas de otro tiempo; los recuerdos de la infancia reaparecen iluminándose el pasado con una luz radiante y clara. Recuerdos de las montañas de Cevenes en las noches del estío mezclándose con la impresión del horrible calor de Africa; angustia de la separación, de la dicha perdida; síntesis rápida y dolorosa de toda la existencia, las cosas de la vida vistas en un panorama con aspectos de ultra tumba: todo esto sentía Juan al despertar.....

En aquellos momentos, sobre todo, parecía el spahi recobrar la conciencia de la marcha rápida é inalterable del tiempo, que la atonía de su espíritu le impedía generalmente apreciar...

Al despertarse oía resonar contra el *tara* el débil latido de las arterias de su frente y le parecía escuchar las pulsaciones del tiempo, el tic tac del gran reloj misterioso de la eternidad; y Juan sentía que el tiempo pasaba, que huía con la rapidez de una cosa que cae en el vacío y que su vida pasaba también con el tiempo, sin que pudiese retenerla...

Y el joven se levantaba bruscamente saliendo de aquel pesado letargo con un deseo loco de partir y con el corazón lleno de rabia desesperada ante los años que le separaban aún del regreso á su patria.

Fatou-Gayé comprendía vagamente que aquel despertar era un instante peligroso, un instante crítico en el que el hombre blanco se le escapaba.

Así es que la negrita espiaba aquel despertar, y cuando veía á Juan abrir sus grandes y melancólicos ojos, después levantarse de repente con la vista estraviada, se aproximaba corriendo y se arrodillaba junto á él para servirle ó enlazaba alrededor de su cuello los torneados brazos diciéndo:

—¿Qué tienes, blanco mío?

Y procuraba dar á su voz una entonación tan dulce y lánguida como el sonido de la guitarra de un *griot*.

Pero aquellas impresiones tristísimas de Juan no eran de larga duración.

A los pocos momentos su habitual atonía volvía á invadirle y empezaba otra vez á ver las cosas bajo su aspecto acostumbrado.

II

El peinado de Fatou-Gayé era una operación importante y complicada que se verificaba unavez por semana, y en la cual casi se empleaba un día.

Muy de mañana, la negrita se ponía en camino hácia Guet'n-dar, la villa negra donde habitaba en una choza puntiaguda hecha de paja y de tierra, la peinadora de más renombre de las damas de la Nubia.

Fatou pasaba allí varias horas, durante las cua-

les se abandonaba en manos de aquella artista paciente y minuciosa.

La peinadora empezaba por deshacer aquella obra de arte desensartando las cuentas una por una, así como los demás adornos del peinado.

Después volvía á construir tan sorprendente edificio colocando de nuevo los corales, el ambar, las cuentas de oro y las lentejuelas.

Las bolas de ambar tenían el tamaño de manzanas y eran herencia materna, preciosas joyas de familia llevadas cuidadosamente ocultas á la tierra de esclavitud.

Pero lo más difícil de peinar era la parte de detrás de la cabeza; es decir, la nuca de Fatou-Gayé. Allí había que dividir las crespas mechadas de cabellos, en millares de pequeños tirabuzones engomados y rígidos, cuidadosamente alineados.

Cada uno de aquellos tirabuzones se rollaba separadamente alrededor de una larga paja cubriéndole después de una espesa capa de goma, y para dejar á esto el tiempo necesario para secarse, las pajas tenían que permanecer así colocadas hasta el día siguiente.

Fatou volvía, pues, á su casa con todas estas pajas entre sus cabellos, teniendo aquella noche todo el aspecto de un puerco espín.

Pero al día siguiente, cuando se sacaba la goma y se quitaban las pajas, ¡qué hermoso efecto!

Fatou cubría su peinado, según la moda *khasson-kee*, con una gasa del país tan transparente, que más bien parecía una tela de araña azul y brillante...

Y aquel peinado, sólidamente construido, duraba noche y día durante toda una semana.....

Fatou-Gayé se calzaba con elegantes y pequeñas sandalias de cuero sostenidas por trencillas que pasaban por entre el dedo pulgar y el siguiente como en el calzado de los antiguos coturnos.

Llevaba además Fatou ese paño estrecho y ceñido que los egipcios del tiempo de los Faraones legaron á la Nubia. Encima de este paño, la negrita llevaba un *boubou*; este *boubou* consiste en un gran cuadro de muselina con un agujero para meter la cabeza.

Los adornos y joyas que usaba se componían de gruesas pulseras de plata, que ceñían sus muñecas y tobillos y olorosos collares de *soumare*; pues la fortuna de Juan no le permitía el uso de collares de ambar ó de oro.

Los *soumares* son unas trenzas hechas de varias sargas formadas con unas bolitas oscuras. Estas bolitas, que crecen á orillas del Gambia, tienen un olor penetrante algo parecido á la pimienta. Un perfume *sui generis*, uno de los olores más característicos del Senegal.....

Y estaba muy hermosa Fatou-Gayé con aquel pei-

nado salvaje que le daba el aspecto de una divinidad del Indostan engalanada para una fiesta religiosa.

Sus facciones no eran las facciones irregulares y abultadas de ciertas razas africanas que consideran en Europa como el modelo general de la raza negra.

Fatou era un tipo khashsonkée muy puro.

Nariz recta y fina con pequeñas ventanas un poco levantadas y muy movibles, una boca bien dibujada y graciosa con admirables dientes, y sobre todo hermosísimos ojos negros con reflejos azulados expresivos y llenos, según las ocasiones, de extraña gravedad ó de misteriosa malicia.

III

Fatou no trabajaba nunca.

Juan tenía en ella una verdadera odalisca.

La negrita se cuidaba tan solo de arreglarse y tener siempre planchados y limpios sus *boubous* y sus paños.

Estaba siempre aseada y limpia como una gata negra, vestida de blanco; primero por instinto de limpieza y luego por que había comprendido que Juan no la toleraría de otra manera; pero fuera de estos cuidados de su persona, no era capaz de ninguna clase de trabajo.

Desde que los pobres viejos Peyral, padres de Juan, no podían enviar á su querido hijo las pequeñas

economías que con tanto trabajo y pieza por pieza, habían ido guardando para él. Desde que *Nada los salía bien*, según escribía la vieja Francisca, hasta el extremo de haber tenido que recurrir al bolsillo del spahí, el gasto de Fatou iba á ser muy difícil de sostener.

Afortunadamente Fatou-Gayé era una personita extremadamente sóbria, cuya vida material no costaba casi nada.

En todos los países del Soudan la mujer está colocada con respecto del hombre en condiciones de inferioridad muy exageradas.

Varias veces en el curso de su vida la mujer es comprada y vendida como una cabeza de ganado, á precio que aumenta ó disminuye, según su hermosura, edad y condiciones.

Juan preguntaba un día á su amigo Nyaor:

—¿Qué has hecho de Nokhondounkhoulé, tu mujer, aquella tan hermosa?

Y Nyaor le respondió con tranquila sonrisa:

—Nokhondounkhoulé era muy habladora y la he vendido. Con el dinero que me han dado por ella, he comprado treinta corderos, que siempre están callados.

A la mujer se la destina el trabajo más rudo para los indígenas: el de moler el trigo para hacer los *kouskous*.

En el momento en que despunta el día en toda la

Nubia, desde Tombouctou hasta la costas de Guinea, en todos los pueblos de rastrojo, bajo el sol devorador, los morteros de madera de las negras resuenan estrepitosamente.

Millares de brazos rodeados de brazaletes se rinden en este trabajo, y las obreras charlatanas y disputadoras mezclan con aquel ruido monótono el concierto de sus agudas voces que parecen chillidos de mono.

De todo esto, resulta un característico ruido que anuncia desde muy lejos, en los matorrales y en el desierto, la aproximación de uno de esos pueblos del Africa...

El producto de este trabajo eterno que gasta generaciones y generaciones de negras, es una harina de trigo muy basta con la cual se confecciona una especie de gachas insustanciales que se llaman el *kouskous*.

El *kouskous* es la base de la alimentación de los pueblos negros.

Fatou-Gayé escapaba de este trabajo legendario de las mujeres de su raza.

Todas las tardes bajaba á casa de Couran'diaye, la vieja poetisa del rey El Hadj, la mujer *griote*.

Allí, mediante una pequeña cantidad mensual, Fatou tenía derecho á sentarse entre las esclavas de la anciana favorita, alrededor de las grandes calabazas donde, humeaba el *kouskous* caliente, y comer con todo el apetito de sus diez y seis años.

Desde lo alto de su *tara*, extendida sobre finos lienzos de complicado tegido, la vieja presidía las comidas con una dignidad impasible.

En estas comidas se presenciaban escenas muy graciosas.

Las esclavas pequeñas, desnudas y acurrucadas en el suelo, alrededor de las enormes calabazas, comían todas á un tiempo metiendolas manos en el *kouskous*.

Por todos lados se oían gritos y risas. Las negras se hacían gestos y señas unas á otras para hacer alguna jugarreta convenida de antemano á alguna compañera.

Y en medio de este alboroto, llegadas intespestivas de los grandes carneros, que allí se cuentan entre los animales domésticos, gatos que van alargando una pata á hurtadillas, hasta meterla en la comida, perros que llegan corriendo y antes que puedan impedirlo hunden su afilado hocico en las calabazas...

Y al ver todo esto, carcajadas que descubren magníficas hileras de blancos dientes engarzados en encías de un rojo subido.....

Fatou estaba siempre muy compuesta y limpia cuando Juan, que entraba en el cuartel á las cuatro, volvía después del toque de retréta.

El rostro de la negrita había adquirido bajo su alto

peinado de ídolo, una expresión seria y casi melancólica que le daba mucho encanto.

Por la noche era muy triste el barrio en que vivían Juan y Fatou.

Juan permanecía á menudo largas horas apoyado en la ventana de su desnuda y blanca habitación.

La brisa del mar hacía temblar en el techo los pergaminos sagrados que Fatou había colgado allí con largos hilos para que velasen su sueño.

Juan veía ante él los grandes horizontes del Senegal, el cabo de Berberia y una explanada inmensa en el fondo de la cual se dibujaban los sombríos vapores del crepúsculo y la entrada del desierto.

Otras noches el spahí se sentaba á la puerta de la casa de Samba-Hamet ante aquella plaza rodeada de construcciones de ladrillo ya ruinosas, en medio de la cual crecía la débil palmera amarilla de la clase de los espinos, que era el único árbol del barrio.

El joven seguía con sus grandes y oscuros ojos de distraída expresión, los juegos de dos ó tres negritas que se perseguían y brincaban alegremente al fresco de la noche.

En Diciembre la puesta del sol traía generalmente á San Luis brisas frescas y grandes nubes que de repente cubrían el cielo; pero que no descargaban jamás, sino que pasaban muy altas y huían.

Jamás una gota de agua, nunca una impresión de humedad. Era la *estación seca* y en toda la natu-

raleza no se hubiera encontrado un átomo de vapor de agua.

Sin embargo, aquellas noches de Diciembre eran un consuelo. Se respiraba una frescura penetrante, que causaba grata sensación de bienestar físico, al par que cierta impresión de melancolía inexplicable.....

Y cuando en aquellas noches Juan estaba sentado delante de su puerta, su pensamiento iba lejos, muy lejos...

—Tan lejos, que recorría aquel trayecto que sus ojos contemplaban todos los días en los grandes mapas que adornaban las paredes del cuartel.

Sí; en aquellas noches su espíritu cruzaba un panorama que el pobre spahi se había formado en su imaginación.

Primero atravesaba aquel gran desierto sombrío que empezaba allí, detrás de su casa.

Esta primera parte del viaje era la que su pensamiento hacía más lentamente, retardándose en un infinito de soledades misteriosas cuyas arenas detenían su marcha.

Después franqueaba la Argelia y el Mediterráneo, llegaba á las costas de Francia, subía al valle de Bhone y... llegaba por fin á aquel punto señalado en el mapa por pequeñas prominencias negras, que él se complacía en mirar como lacimas azuladas por las nubes; ¡los Cevenes!

¡Lás montañas!... ¡hacia tanto tiempo que sus ojos no veían más que desiertas llanuras!... tanto... que hasta había perdido la noción de los accidentados terrenos de su país.

¡Pues y los árboles! ¡Los grandes bosques de castaños, húmedos y llenos de sombra, donde corrían verdaderos arroyos de agua viva, donde el suelo era de *tierra* tapizada de frescas y finísimas hierbas!..

Le parecía al pobre spahí que hubiese experimentado un gran consuelo, viendo, aunque no fuera más que un poco de tierra húmeda y de musgo, en vez de tener, siempre ante los ojos, aquella triste arena arrastrada por el viento del desierto.

Su querido pueblo, que en aquel viaje ideal se le aparecía de repente: con su vieja iglesia, que él se imaginaba entonces cubierta de nieve; la campana tocando al *angelus* (eran las siete de la tarde), ¡y su cabaña allí cerca!... Todo esto azulado y envuelto en el vapor de la niebla en una noche de Diciembre muy fría y débilmente iluminada por un pálido rayo de luna.

¿Era esto posible? ¿En aquel mismo instante, en aquella hora, al mismo tiempo que todo lo que le rodeaba, existía tanta ventura en alguna parte?...

¡Oh, sí, existía! no era solo un recuerdo; no era una visión el pasado... Era una cosa real y verdadera... no estaba muy lejos... y, á aquella misma hora; en

aquel mismo instante, había gentes que disfrutaban de esta ventura, y era posible... hasta fácil, obtenerla.....

¿Qué harían sus pobres padres en aquel momento en que él pensaba en ellos?

Sin duda, estarían sentados junto al fuego, ante la gran chimenea donde llameaban alegremente algunas ramas cogidas en el bosque.

Allí veía todos los objetos familiares de su infancia: la lamparita de las veladas de invierno, los viejos muebles, el gato dormido en un escabel.. y, entre todas aquellas cosas amigas, colocaba su pensamiento á los amados dueños de la cabaña...

Sí, todo debía estar en tal disposición á aquella hora. La cena debía haber terminado y *ellos* estarían sentados junto al fuego... algo envejecidos... Su padre, en la actitud acostumbrada, apoyando en una mano su hermosa cabeza gris... una cabeza de antiguo coracero convertido en montañés.. y su madre haciendo calceta; moviendo rápidamente las agujas entre sus benditas y laboriosas manos, dando vueltas á la rueca para hilar bien el rubio cáñamo...

¡Tal vez estaría Juana con ellos!

Su madre le había escrito, diciéndole que la niña solía ir á hacerles compañía en las veladas de invierno.

¿Cómo estaría ahora?

Muy cambiada y embellecida, le había escrito su madre.

¿Cómo sería su fisonomía de mujercita que él no había visto?.....

Al lado del hermoso spahi, de rojo uniforme, estaba Fatou-Gayé sentada, con su enorme peinado con adornos de ambar y lentejuelas.

La noche había acabado de desplegar su negro manto, y en la solitaria plaza, las negritas continuaban jugando y persiguiéndose, pasando y repasando en la obscuridad como nocturnas mariposas.

Una de ellas estaba completamente desnuda, y las otras dos con anchos y flotantes *boubous*, que las hacían parecer dos murciélagos de blancas alas.

Aquel viento frío las excitaba á correr y corrían como esos gatitos que en las casas experimentan la necesidad de dar carreras desenfrenadas cuando sopla el viento seco, precursor de los hielos.

IV

Digresión sobre la música y sobre cierta clase de gentes llamadas griots

El arte de la música es confiado en el Soudam á una tribu especial llamada de los GRIOTS, en cuya tribu se trasmite de padres á hijos la cualidad de

ser músicos ambulantes y compositores de cantos heróicos.

Los GRIOTS tienen el cuidado de llevar el tan tan en las *bamboulas* y de cantar durante las fiestas en alabanza de los personajes negros.

Cuando un jefe experimenta la necesidad de oír ensalzar sus propias glorias, manda á sus *griots* que vayan á sentarse á su alrededor y á componer inmediatamente en su honor, larga serie de coplas en que entonan acompañando sus agrias voces con los sonidos de una guitarrilla cuyas primitivas cuerdas están colocadas sobre pieles de serpiente.

Los griots son los hombres más filósofos y más perezosos del mundo; llevan una vida errante y no se cuidan jamás del porvenir.

Recorren los pueblos, solos, ó siguiendo á los grandes jefes del ejército, recibiendo por todas partes limosna y siendo considerados poco más ó menos como en Europa los gitanos.

Algunas veces son colmados de oro y de favores como en nuestros países las cortesanas; pero durante su vida están excluidos de las ceremonias religiosas y á su muerte no reciben sepultura sagrada.

Componen tristes romances de vagas y misteriosas palabras, cantos heróicos que tienen algo de las baladas por su monotonía y de la marcha guerrera por su ritmo animado y nervioso; bailables llenos de frenesí y cantos de amor, que parecen transportes de rabia amorosa; aullidos de bestias delirantes.

Pero en toda esta música negra, la melodía se parece siempre.

Como en los pueblos primitivos está compuesta de frases cortas y tristes, especie de gamas, más ó menos accidentadas, que parten desde las notas más altas de la voz humana y descienden bruscamente hasta las más bajas, encadenándose como quejas.

Las negras cantan mucho, mientras trabajan ó durante el perezoso sueño de la siesta y en medio de la gran calma del medio día, mucho más abrasadora allí que en nuestros campos, ese canto de las mujeres de Nubia, que mezclado con el de la cigarra, tiene su encanto particular.

Pero sería imposible transportarle fuera de aquel cuadro exótico de sol y de arena, porque oído en otra parte ese canto, ya no sería el mismo.

Cuanto más primitiva parece la melodía á fuerza de ser monótona, más difícil y complicado es el ritmo.

Los largos cortejos de bodas que se encuentran por la noche, cantan, bajo la dirección de los griots, extraños coros cuyo acompañamiento es un desacorde persistente y que están, desde el principio hasta el fin, llenos de dificultades rítmicas y de rarezas.

Un instrumento más sencillo, que reservado á las mujeres, desempeña en este conjunto un papel importante: consiste en una especie de plancha alargada y abierta en una de sus extremidades, y este objeto, que se toca con la mano, ya en su abertura, ya

en su otro extremo, produce dos sonidos diferentes, uno seco y otro sordo, sin que pueda producir más, y, sin embargo, el resultado así obtenido es sorprendente.

Es difícil expresar el efecto siniestro y casi diabólico del ruido lejano, producido por las voces de las negras, medio apagadas por cientos de instrumentos semejantes á los descritos.

Un desacorde perpetuo de los acompañamientos; síncopas inexperadas, aunque perfectamente comprendidas y observadas, por todos los ejecutantes, son los rasgos más característicos de este arte, (inferior tal vez, pero tan diferente que puede asegurarse no es imitación del nuestro), que nuestras organizaciones europeas no nos permiten llegar á comprender.

V

Bamboula

Un griot da unos cuantos golpes sobre su tan tan. Esta es la llamada, y todo el mundo se reúne á su alrededor.

Las mujeres acuden, y formando un círculo, entonan uno de esos cantos obscenos que tanto les apasionan.

Una de ellas, la primera que llega, sale de entre la multitud y se lanza en el medio, en el círculo vacío donde resuena el tambor.

Empieza á bailar, haciendo sonar las cuentas de sus